

Equipo Sector Educación ARU
Elba Lazzaroni, Julio Navarro, Ricardo Moscato, Leonardo Nardin sj

El hombre es creado

Lo que se propone en esta etapa, la conciencia de ser *creaturas – amadas por el Padre – agradecidas – dependientes – cuidadores*, es el núcleo base que se expande a lo largo de todo el recorrido. Implica sembrar en el corazón de los más chicos el valor de la vida creada gratuitamente por Dios, asumiendo los valores y actitudes que se desprenden de la profunda convicción de saberse amados y esperados. Nos exige pensar estrategias pedagógicas y comunicacionales para que los niños puedan sentir y gustar internamente esta realidad, este foco sapiencial que los acompañará en todas las etapas de su desarrollo.

No se trata de una mera “noción” a enseñar, sino un acto de fe, una vivencia, que se gusta internamente en lo profundo, que es fundante, estructurante de la personalidad. Es transmitir la bondad de la creación y la bondad de su creador, Dios Padre. Necesita por eso una mediación pedagógica cálida, creativa, integral que mueva la sensibilidad y la imaginación.

Agradecer

Ser “creados” nos lleva a la ADMIRACIÓN por el don recibido y a la GRATITUD hacia el origen de los bienes, Dios. Merece ser celebrado, teniendo en cuenta que la celebración es clave en la vida del hombre. Requiere de un “tiempo pedagógico” pausado y paciente frente a las urgencias del contexto. Nos pide un “espacio pedagógico” protegido, comunitario, alegre frente a climas tensos y desesperanzados.

Para los chicos es concreto mostrar a Dios “creador”, de ahí el ser amado por el Padre, el sentirse esperado, fruto del sueño de Dios. Es bueno insistir en la narrativa de la creación recuperando creativamente la sabiduría de los relatos bíblicos, “Dios vio lo que había hecho y era muy bueno (Gn 1,31) y como dice Laudato Si: “fuimos concebidos en el corazón de Dios y por eso cada uno de nosotros es fruto del pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, es amado, es necesario ‘Antes que te formarás en el seno de tu madre, yo ya te conocía’” (Jr1,5) (LS 65).

Los niños, a esta edad, no son capaces de una gran abstracción, pero sí tienen una gran imaginación y van enriqueciendo su registro simbólico, por eso la repetición de la Historia de Dios creador deja huella profunda en cada uno. Ayudará como valor y actitud del Dios creador, la recuperación de la ternura. En *Amoris Laetitia*, el Papa Francisco nos dice “En el horizonte del amor central en la experiencia cristiana del matrimonio y la familia se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales, la ternura. Acudamos al dulce Salmo 131. Como se advierte también en otros textos la unión entre el fiel y su Señor se expresa con rasgos de amor paterno o materno” (La ternura del abrazo. AL 28)

Como estamos en un contexto de mucha orfandad donde el rol paterno está declinado (el límite como espacio contenedor que posibilita a la vez que acota, no tiene lugar en la sociedad de consumo), y el rol materno caricaturizado (compensaciones instantáneas, superficiales),

hay que pensar cómo incorporar la “narrativa” del Dios con sus características paternas y también maternas.

Es también tiempo de presentar y enfatizar lo “sagrado”, distinguiendo los espacios religiosos, imágenes, relatos; porque la consideración, contemplación, nos lleva a la dimensión de misterio que suscita la reverencia, el silencio, la aceptación amorosa.

Dios manifiesta su poder amoroso al sostenernos en el tiempo -y con proyección eterna-. Es como la familia: ella nos piensa, sostiene y cuida, ponderando decisiones, no respondiendo a meros impulsos. Como dice Amoris Laetitia: “La actividad generativa y educativa de la familia es a la vez un reflejo de la obra creadora del Padre” (N.29). Sabio es San Ignacio que pone el verbo en presente: “el hombre es creado”, señalando que la creación de Dios no fue en un inicio para luego desentenderse, sino que es continua, cada día, cada momento. Así, Dios hace una “cura personalis” con nosotros, sus criaturas. De este modo, ¡Dios se hace nuestro servidor!

Esta imagen de Dios es la que podemos recuperar al ver las actitudes de servicio de papá y/o mamá que nos cuidan, nos consuelan cuando lloramos, velan en nuestra enfermedad, nos miran... están amorosamente sosteniendo.

La gratitud surge de la observación de lo concreto: agradecer por el cuerpo, por las cualidades, por las mociones que permiten seguir creciendo en el autoconocimiento, por la vida propia. También observar para agradecer por las cualidades y la vida de los demás: familia, compañeros, la gente cercana. Agradecer por su bondad. Muchas veces la figura de los abuelos cobra especial relevancia para los niños en nuestro tiempo, abuelos que reflejan la ternura de Dios y su presencia estable que puede contrastar con la inestabilidad emocional de papá o mamá.

Y agradecer por el resto de las cosas creadas. Las mascotas son un elemento que suele suscitar mucho afecto, es muy valorada por los niños y pueden con facilidad, reconocer en ellas la bondad del Creador. Es crear, poco a poco, el hábito de la admiración y del agradecimiento por los milagros cotidianos de Dios. Como educadores no debemos olvidar la dimensión de la educación de la voluntad y del desarrollo de hábitos buenos e inclinaciones afectivas a favor del bien.

Desde la etapa evolutiva de los más pequeños podemos considerar dos dimensiones a tener en cuenta en todo este proceso: lo más inmediato de la casa chica, FAMILIA, como la comunidad más concreta, y la casa grande, la CASA común, la tierra donde vivimos. Partir de lo cercano hasta lo más lejano y más grande, sembrando las bases del cuidado y del respeto de los ámbitos que amparan y hacen crecer y haciendo consciente las responsabilidades que implica.

Es tarea de nuestros colegios, propiciar el aprecio de la belleza-bondad desde distintas áreas, recuperando la unidad en la diversidad, maravillarse por lo diverso de la creación, maravillarse de la unidad en el Amor creador. A sus ojos, todo es grande, maravilloso (contemplando lo concreto-pequeño), una invitación al descubrimiento, al asombro, a la exploración, a la curiosidad propia de dicha etapa evolutiva.

El “ver” (primera competencia que señalamos también en el aprendizaje “Compromiso”), implica fomentar una sensibilidad contemplativa. La contemplación que lleva a tomar distancia, a ver la realidad desde una perspectiva de gratitud, que es contraria a la mirada

posesiva, extractivista, consumista. Es una mirada que se educa en reconocer la belleza y amarla, generando “anticuerpos” frente al pragmatismo utilitarista. La contemplación supone el reconocimiento, y el respeto al otro y a lo otro, la paciencia, el esperar, contrario al “use y tire”, a la cultura de lo provisorio y del descarte que traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con las cosas y el medio ambiente.

Un ejemplo de esto lo vemos en la relación de los niños con los juguetes, que son investidos de afecto y ocupan un lugar importante en su desarrollo. Sin embargo, este imperativo de usar y tirar, o bien de reemplazar por algo más nuevo y más “brillante”, dificulta el vínculo sostenido y promueve relaciones más superficiales pasajeras. Una vez más se aprecia aquí el valor de la austeridad y del juego creativo y simple sin sobre estimulaciones.

La propuesta de Examen ignaciano para toda esta etapa prevé insistir exclusivamente en el ejercicio de la memoria agradecida, es decir, en “ver” para tomar conciencia de lo vivido y mirar a Dios, que es de donde viene cada uno de esos bienes, para agradecer. (Cfr. Aprendizaje “Discernimiento”).

Dependientes

El gustar internamente la realidad de ser creados por Alguien que nos ama, también nos lleva a la HUMILDAD, porque nos muestra que somos -afortunadamente-, dependientes, necesitados.

No existo por mí mismo, sino porque otro me soñó, me crea y me cuida. Aquí es bueno mostrar cuánto dependo de los demás, de la familia, de aquellos que producen los alimentos, que nos cuidan, que nos enseñan, que nos curan, que nos dan afecto. Dios nos manifiesta su amor a través de los gestos de estas otras creaturas que ha puesto a nuestro lado, a nuestro servicio.

Es bueno mostrar que cada uno de ellos es un regalo de Dios, la familia, las personas, las cosas.

Tenemos que distinguir la sana dependencia de las dependencias patológicas (adicciones), que son compulsivas, acotan, anulan la libertad. Asimismo, como reverso subjetivo, distinguir una sana “fragilidad” que me hace necesitado de los demás, de una fragilidad narcisista que se victimiza y manipula.

La dependencia de ser hijos nos hace crecer, porque hay límites y hay procesos, se sabe que es necesaria la espera, el tiempo. Una pretensión de autonomía absoluta, lleva a la anomía, a la falta de marcos, límites y, por lo tanto, a la imposibilidad de ser contenidos por un amor que es fuerte.

Para los adultos que acompañamos a los niños, es bueno tomar conciencia que somos co-creadores, que colaboramos con Dios Creador en la creación. Nuestras palabras (y sobre todo aquellas que decimos con nuestras vida y obras) tienen consecuencias creadoras, pero también pueden resultar negativas y destructoras.

Cuidadosos

Esto de ser “relativos” -ser dependientes de Dios, de otros, y de estar en relación-, nos ubica frente a los demás como hermanos y frente a las cosas como administradores (llamados a cuidar para compartir, a no derrochar, a no consumir de más). Implica crecer en el hábito de la sobriedad, del “menos es más”, buscando cambiar las pautas culturales de un consumismo que nos quita la paz interior y deteriora el ambiente. Es el desafío de educar en una sana

humildad y en una feliz sobriedad como camino de toda la vida, cuyas semillas se plantan esta etapa inicial.

La conciencia de la interdependencia es el primer paso para la justicia. El narcisismo del yo, no ocupa el primer lugar, no somos autónomos, sino que descubrimos la centralidad de Dios creador.

Partiendo de lo concreto, se trata de ayudar a que aprendan a cuidar el lugar donde están, las cosas que tienen, el propio cuerpo, los compañeros. Porque son valiosos, tienen bondad ya que son creados por Dios nuestro Padre. Cada ser humano posee una dignidad inalienable. Este aprendizaje del cuidado nos invita a “la vocación de ser protectores de la obra de Dios” como central de la experiencia cristiana (Amoris Laetitia)

La alianza con la familia

La familia es clave en la transmisión de este foco sapiencial del Itinerario Formativo, por lo tanto, el colegio debe -estratégicamente-, involucrarla e involucrarse con ella intensamente, especialmente en esta etapa. Nos recuerda Amoris Laetitia que “la familia es el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a que está expuesta y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano. Contra la llamada cultura de la muerte, la familia constituye la sede la cultura de la vida” (212)

Las familias suelen estar más pendientes de lo cognitivo, de percibir y celebrar cómo aprenden y adquieren habilidades día a día, pues no deja de sorprenderlos y lo esperan. Pero hay que revalorizar con ellos la importancia de la dimensión socio afectiva integrando ambas en un único proceso de crecimiento que desde ya incluye la dimensión espiritual religiosa.

Se puede pensar de una “alfabetización parental” para fortalecer el rol preventivo de las familias brindando coordinadas básicas que no siempre están. De esta manera, buscar caminos efectivos de la presencia de los padres. Es clave recrear el “pacto educativo familia escuela” ya que “en la familia se cultivan los primeros hábitos de amor y cuidado de la vida, como por ejemplo el uso correcto de las cosas, el orden y la limpieza, el respeto al ecosistema local y la protección a todos los seres creados (212)

La relación con los Aprendizajes pastorales RAUCI

1.- Conocimiento del Señor:

Presentar a Dios Padre. Su amor manifestado en soñarnos, esperarnos, hacernos nacer, sostenernos en todo momento. Nos cuida como Buen Pastor.

2.- Discernimiento:

Ejercicio de gratitud: conciencia de lo vivido, ponderar todo como regalo, agradecer.

3.- Compromiso:

La competencia de “ver”, en esta etapa, hace sorprendernos, maravillarnos, enamorarnos, apasionarnos por la vida, por la creación. Metodológicamente se parte del contexto propio, se considera luego el círculo comunitario (familia, compañeros), y se pasa al contexto global.